

EL SALTO DEL AUTORITARISMO A LA PERMISIVIDAD

No tengo idea de cómo voy a educar a mi hijo: lo único que tengo claro es que no cometeré los mismos errores que mis padres.

Este se convirtió en el nuevo lema de aquellos adultos que, siendo niños, sufrieron heridas a manos del sistema autoritario. Han decidido que educarán a su hijo de manera diferente y buscan un cambio radical, un camino nuevo.

Con esta sincera resolución han oscilado de un polo al otro. Es así como, de ser autoritarios se han convertido, ahora, en padres permisivos.

Si alguien duda del significado que tiene esta permisividad, solo basta ir a un lugar público y observar a los padres con el hijo:

Eugenia y Alberto van a un restaurante con su hijo Ricardo de tres años. El padre revisa la agenda en busca de una anotación, mientras la madre contesta el celular. Ricardo empieza a jugar con el florero de vidrio. “Déjalo, Ricardito, que lo vas a romper”, le dice el padre mientras saca la cartera. “Déjalo, caramba, que lo vas a romper”. Esta advertencia la repite varias veces, hasta que azota el florero en el piso y se quiebra en mil pedazos. “¡Te dije que lo ibas a romper, qué necio eres!” La madre baja el celular y le dice a su esposo: “Llama a la mesera, dile que nosotros lo pagaremos”.

Ricardito, ahora juega con el salero y el pimentero. Se hinca en la silla, destapa el salero y riega la sal por el piso. “Deja de hacer cochinas”, le dice el padre. La madre apaga el celular y le dice a su esposo: “Ay, déjalo, solo se está entreteniendo. ¿Qué pasó con la comida?”

El padre permisivo está muchas veces presente en cuerpo, pero no en alma. Mira, pero no ve. Se ocupa a medias del niño, quien se sabe en libertad de hacer lo que quiera, sin restricción alguna.

Mundos integrados: el niño invade el espacio del adulto

Hemos iniciado una época de integración en donde queremos unificar todo: a nivel económico le llamamos globalización; a nivel sexual, unisex; a nivel religioso, ecumenismo. Son manifestaciones de la necesidad humana que lleva a buscar la unión con otros, para desaparecer aquellas diferencias que separan.

Esto se manifiesta claramente en la forma de vestir. La ropa para niños, si no se repara en el tamaño, pareciera que es para jóvenes. Los niños se visten ahora como adolescentes, al igual que los adultos. Las empresas de mercadotecnia intentan, a toda costa, convencernos de que la mejor época de la vida es la juventud, así que debemos anular las otras etapas: la niñez, la madurez y la vejez. Si bien esta tendencia no causa tanto daño en esta última, al niño pequeño sí lo afecta porque al vestirlo como mayor no tomas en consideración su inexperiencia y demandas una madurez, que aún no tiene.

Aunque trates a los niños como jóvenes, la niñez no se elimina, solo se acorta y se distorsiona. El niño interpreta a su manera las situaciones que aún no comprende y crece golpeado por una realidad demasiado cruda para sus escasos años.

Otra interpretación errónea se refiere al concepto de igualdad con relación al niño. El niño y el adulto son iguales en cuanto a que ambos merecen respeto y comparten la misma dignidad, pero no son iguales en madurez y juicio.

Es un error poner decisiones que corresponden al adulto en manos del niño. Un ejemplo de esto es la ley que permite que un niño demande a sus padres por maltrato. Pones en manos de un niño la responsabilidad de un adulto; ¿te imaginas el conflicto interno que le ocasiona pensar que puede disponer de la vida de sus padres? ¿A cuántas manipulaciones se presta? Aunque la intención de evitar el abuso infantil es buena, su implementación es equivocada.

¿Cuántos niños abusan de este nuevo poder para amenazar y manipular a sus padres, si estos los regañan o no complacen sus caprichos? Gracias a esta ley, los papeles se han invertido: el niño controla y el padre se doblega.

¿Inteligencia es lo mismo que madurez?

La línea que delimitaba claramente el mundo del niño y el mundo del adulto se ha borrado. En esta mezcla de universos que lleva a la permisividad, el niño es considerado muy inteligente, maduro y sabio. Capaz de decidir y dirigir su vida. Pero hay que analizar esta nueva perspectiva. ¿El niño es sabio? En algunos aspectos se tiene que aceptar que sí lo es.

Melisa, que aún no cumple cuatro años, le dice a su madre: “Mamá, ¿tú sabes que cuando me gritas me duele mi corazón?”

Sergio, de 13 años, le dice a su madre, que insiste en controlar toda su vida: “Mira mamá, imagínate que es como hacer un edificio; tú ya pusiste los cimientos, y ahora a mí me toca construir lo demás”.

¿Son inteligentes? Sí, pueden ser muy inteligentes, y a edad muy temprana sus respuestas, muchas veces, te sorprenderán por lo atinadas que son.

Pablo tiene dos años y medio y quiere ponerse los zapatos, pero se frustra ante la dificultad y pide ayuda. La madre, que quiere alentarle, para que se esfuerce y sea independiente, le dice: “Inténtalo, Pablito, inténtalo”. Más tarde el niño quiere treparse a una barda, pero al

darse cuenta de que no alcanza le grita a la madre que lo ayude, ella le repite: “Inténtalo, Pablito, inténtalo”. En la madrugada, Pablo le pide que le lleve una mamila a la cama y la madre le contesta que no puede, que se duerma. Pablo le grita: “Inténtalo, mamá, inténtalo”.

Dos años y medio y el niño ya sabe cómo regresarle a la madre sus propias enseñanzas, entiende el sentido y sabe cómo aprovecharlas para su beneficio.

Otra anécdota simpática:

Fabiola quiere que su hijo de tres años se bañe. “Hijo, deja de jugar, que es hora de bañarse”. Pero como está muy entretenido, Toño ignora la orden de su madre. Después de insistirle varias veces, por fin se acerca molesta y le grita: “Toño, ¡dije que a bañarse! Voy a contar, uuuno, dooos...” El niño corre y obedece.

Una vez bañado, se sienta a cenar. “Quiero leche con chocolate”. La madre lo ignora. El niño repite con el mismo tono de la madre: “Voy a contar, uuuno, dooos. . .”

¿Inteligente? Sí, muy inteligente, ¿pero inteligencia es lo mismo que madurez? Aquí radica la confusión. Puede ser muy inteligente, tener una sabiduría que te asombra, pero eso no quiere decir que pueda manejar su vida o que tenga la madurez para tomar decisiones importantes. Porque la madurez es resultado de la experiencia, es decir, de asociar causa y efecto y recordarlo. El niño todavía no tiene la capacidad para hacer estas asociaciones y, ¿cómo adquirir memoria de situaciones que aún no vive?

Jorge, de nueve meses, está en el tapete con su primo Alejandro de seis. Jorge se acerca gateando, toca el brazo rechonchito de su primo y lo muerde. Alejandro suelta un fuerte alarido de dolor, mientras Jorge lo observa asombrado.

Jorge lo mira sorprendido porque en ningún momento ha asociado que su mordida causó el alarido del otro bebé. Al niño le

toma años entender cómo funciona el mundo y darse cuenta de que sus acciones tienen un efecto en los demás.

¡Cuántas veces los adultos maduros tampoco caen en la cuenta y aún no acaban de aprender!

Alex se encuentra con su amiga Rina. “Oye Rina, ¿dónde se esconde tu amiga Celina? Cada vez que la veo parece desaparecer”. Rina se encuentra más tarde con Celina quien le explica: “No lo soporto, ya le dije mil veces que me aburre que solamente hable de fútbol, pero no entiende”.

Madurez también implica tener visión hacia el futuro. Comprender cómo te afectará el día de mañana lo que haces en este momento. El niño pequeño vive en el presente y no tiene aún noción del mañana. Al infante, por ejemplo, cuando le retiras un juguete, para él, ese juguete ha dejado de existir. Fuera de su vista equivale a fuera de su existencia. Por eso en vez de regañarlo cuando coge algo que no debe, retira el objeto del lugar.

Con el niño un poco mayor, digamos de edad preescolar, observas lo siguiente:

La madre llega a recoger a Jerónimo de cuatro años a la escuela, y con expectativa le pregunta: “Mi hijo, ¿qué hiciste hoy en la escuela?” El niño responde: “Nada”, mientras abre su lonchera y se empieza a comer el pedazo de galleta que sobró. “Cómo que nada, estuviste muchas horas, algo has de haber hecho”. Entre mordida y mordida le contesta desinteresadamente: “No, no hice nada”. La madre maneja el auto a casa preocupada y cuando llega le dice a su esposo: “Oye, creo que sería bueno pensar en cambiar de escuela a Jerónimo, qué caso tiene gastar en un colegio tan caro, ¡para que no haga nada!”

Cuando era maestra de preescolar, muchas veces atendí a madres preocupadas que pensaban que su hijo se pasaba la mañana entera de ocioso. Al explicarles todas las actividades en que par-

ticiparon, algunas madres me miraban con incredulidad, y me percataba de que pesaba más el comentario del niño que el mío.

El niño aún no puede recordar a voluntad lo que le pides, ya que solo tiene memoria asociativa. Es decir, recuerda cuando algún olor, imagen o comentario, le despierta la memoria. Así que, si por la tarde, mientras juega en la sala, Jerónimo escucha una canción, puede que recuerde el juego que hizo en el colegio con sus compañeros y empiece a platicar animadamente. El olor de un perfume puede recordarle a la abuela, una cara enojada, al policía del estacionamiento. Vía asociación, el niño pequeño recuerda, y por tanto, es inútil pedirle que a voluntad platique todo lo que hizo por la mañana. Para él lo que hizo en la escuela es parte de un pasado inexistente y, por lo tanto, carente de interés. Su atención solo está enfocada en el momento presente. Este ejemplo de una sobrina mía te puede aclarar cómo percibe el tiempo un niño.

“Mamá, ¿cuándo vamos a ir a comprar mis zapatos?”, pregunta Rosalía de tres años. “Mañana, mi hija”. Más tarde, cuando están desayunando, pregunta: “¿Cuándo vamos a ver a la abuela?”. “Mañana, hija”. “¿Cuándo regresa papá de viaje?”. “Mañana”. La niña se queda reflexionando: “Mamá, siempre es hoy, ¿verdad?”.

El futuro no tiene gran significado para el niño pequeño que vive en el eterno presente; conforme crece amplía su horizonte para incluir tanto el pasado como el futuro. Lo mismo ocurre con su percepción del espacio. Por ello, antes de los nueve años no tiene sentido enseñarle ni historia ni geografía, ya que solo repetirá los conceptos como merolico, sin comprender verdaderamente.

Si intentas apresurar la madurez en el niño, seguramente resultará frustrante. Crees que por dar largas explicaciones a este niño que consideras *muy listo*, comprenderá las consecuencias de sus actos; al hacerlo, depositas en sus manos la responsabilidad

para sentirte decepcionado cuando toma la decisión equivocada. Explicarle al niño, por inteligente que sea, no significa que logre comprender. Su decisión no se basará en su buen juicio, sino en el deseo del momento.

Julián quiere otro helado. “No, hijo”, explica pacientemente la madre. “Ya es demasiado, después tendrás dolor de estómago”. Julián comienza a gritar: “¡¡Quiero otro, quiero otro!!” La madre, intimidada por el arranque de cólera del niño y ante la mirada molesta de los demás clientes, compra lo que pide.

Una vez en casa, se queja de que le duele el estómago. “Te lo dije, por Dios, cuántas veces te lo dije, pero eres un necio..”, le recrimina la madre.

Al permitir que el niño tome la decisión equivocada y sufra después las consecuencias, el famoso “¡te lo dije!” solo es sal añadida a la herida. Cometes una gran injusticia al dejar en sus manos decisiones que no le corresponden para después regañar y castigar. El error y la falta de juicio no son culpa del niño, sino tuyos, al insistir en que se comporte con una madurez que aún no tiene.

Francisco tiene 15 años y sus amigos quieren ir a pasar el fin de semana al lago de Tequesquitengo:¹ “Lo siento Francisco, pero si no los acompaña un adulto, no vas”. Francisco le grita a la madre que es una anticuada y muy enojado azota la puerta. La madre se sostiene en su decisión y no le permite ir.

El lunes, cuando Francisco regresa a la escuela, le platican sus compañeros espantados que Julián había estado en el hospital, pues estuvo a punto de morir ahogado cuando, alcoholizado, trató de sacar la lancha y cayó al lago.

La madurez se adquiere con el tiempo. Solo la madre puede vislumbrar el peligro que corre un muchacho de esta edad, en esas

¹ Se encuentra en el estado de Morelos, México.

circunstancias. ¿Por qué insistimos en tratar al niño y al joven como adultos? ¿Por qué apresurarlos a cargar con responsabilidades que no les corresponden? Si pudieran desempeñarse como adultos ya vivirían de forma independiente y no necesitarían de los cuidados de sus padres.

Al analizar la infancia del Dalai Lama se aprecia cómo, a pesar de que su madre sabía que estaba predestinado a ocupar un puesto tan importante, no eludía la responsabilidad de educarlo como correspondía en esa etapa de vida: como niño. No esperaba más de él, ponía límites cuando era necesario. Ella era la madre y él un niño inmaduro. Cada uno en el lugar que le correspondía.

Otro aspecto importante de esta integración del mundo del niño en el del adulto, es que hemos abierto la puerta principal de lo que el niño puede escuchar o ver, sin poner un límite. Así, conversas en el automóvil sobre el divorcio de tu amiga que encontró al marido con otra, y cuando el niño sorprendido te pregunta de quién hablas, le dices simplemente que no la conoce. Ves en el noticiario arrestos, guerras y violaciones mientras el niño juega al lado. O escuchas en la radio las noticias sobre el último secuestro al conducir al niño al colegio. El adulto pretende que el niño está ausente, sordo o ciego.

El resultado de inmiscuir al niño en el mundo adulto es que lo atemoriza. Le permites que presencie y escuche situaciones que emocionalmente es incapaz de digerir, y se angustia. Al escuchar en la telenovela que el padre ha abandonado a la madre, el niño hace la transferencia a su vida y sufre pensando que eso mismo le puede ocurrir a su familia. Si ve en el noticiario asesinatos que ocurren en el Medio Oriente, y al no tener noción espacial, piensa que ocurre en la casa vecina. Ninguna explicación consuela o atenúa la zozobra sufrida.

En un colegio de la Ciudad de México, la maestra avisó a los alumnos que no podrían salir al recreo en el jardín. Una niña se

EL PADRE MALVAVISCO

Al padre permisivo me gusta llamarlo el “padre malvavisco” porque es suave, dulzón y sin consistencia. El hijo sabe que con un dedo lo perfora. En lugar de un adulto guía y educador, el niño tiene por padre una especie de niño crecido, que lo consulta para tomar decisiones y que cede ante todos sus caprichos. El niño pronto se percata de que enfrenta el mundo, solo. A este tipo de padre le falta espina dorsal. Si perteneciera a la clasificación de los moluscos sería un ostión. Aguado, sabroso y disponible a nuestro antojo.

¿Por qué digo que no tiene espina dorsal el padre permisivo? Porque ha recibido tanta información psicológica y educativa sobre el daño emocional que puede causar, que le ha ocasionado una especie de osteoporosis al esqueleto, es decir, al sentido de autoridad. Se siente tan inseguro como educador, temeroso de herir a sus hijos que tiene pavor a tomar decisiones. Ha perdido la autoridad como padre y delega toda la responsabilidad en el hijo.

Fui coordinadora de un colegio durante muchos años y me topé, en varias ocasiones, con situaciones parecidas a la siguiente:

Una pareja de padres de familia quería conocer el colegio, e invité a la hija pequeña a que se meciera en los columpios mientras en-

trevistaba a sus padres. Después de 45 minutos de explicarles sobre el sistema educativo que utilizábamos y de mostrarles las instalaciones, me respondieron: “Señora Barocio, nos encantó el colegio, pero tenemos que consultarlo con nuestra pequeña, ya que ella es quien deberá decidir”. Pensé: “¡Ay, qué tonta fui!, de haber sabido hubiera dejado a los padres en los columpios, ¡y habría entrevistado a la hija!”.

¡Por supuesto! Ofrécele a la niña unos caramelos, dale una caja de lápices de colores y quedará convencida de que es el mejor colegio del mundo. ¿Con base en esto se decidirá su educación? Ninguna niña tiene la madurez ni el juicio para decidir qué le conviene. ¿Por qué dejar tan importante decisión en manos de un niño? ¿Por miedo a equivocarse! El padre podrá lavarse las manos y, si al niño no le gustara la escuela, en unos meses podrá argumentar: “Ni modo hijo, tú escogiste ese colegio y ahora te aguantas”.

Otra característica del padre permisivo es la cobardía. He aquí otro ejemplo:

Oliver exige que le dejen ver una película de terror. “No hijo, esa película es muy violenta y es para adolescentes, tu solo tienes nueve años”. Oliver empieza a gritar que todos sus amigos ya la vieron y que nunca lo dejan ver nada. La madre intenta apaciguarlo: “Está bien, pero ¡ay de ti donde después tengas miedo y no puedas dormir!” Esa noche, Oliver insiste en que dejen la luz encendida y tarda mucho en conciliar el sueño. A las 3:00 a. m. despierta llorando y se dirige al cuarto de los padres. “Te lo advertí, pero ¡eres un necio!”, le reclama la madre al tiempo que se arrima para que se acueste con ellos.

Los padres han decidido ser permisivos porque no quieren ser autoritarios. Quieren que el hijo crezca con libertad de elegir y piensan entonces, que contradecirlo, es dañino. Delegan en el niño decisiones que no corresponden a su edad, puesto que no tiene el criterio para hacer la elección correcta. Piensan que su

obligación estriba en convencerlo para que cambie de opinión y, entonces, dan largas explicaciones que muchas veces terminan en súplicas y ruegos. Para el niño es claro quién tiene el poder y quién toma finalmente las decisiones.

“Hijo, está haciendo frío afuera, hoy no conviene que te pongas pantalones cortos. Ponte pantalones largos y sudadera”. La madre va a preparar el desayuno y, al poco rato, baja Toño en pantalones cortos y con una camiseta delgada. “Hijo, entiende, has estado enfermo de gripe, por poco y te da pulmonía y si vas tan descubierto tendrás una recaída, y eso sería fatal. ¿Recuerdas lo que dijo el doctor Ontiveros? Es muy importante hacerle caso hijo, porque...” La madre prosigue con una larga explicación mientras, Toño, sin la menor intención de cambiarse de ropa, saca el helado del congelador.

El padre permisivo considera la toma de decisiones como una especie de “papa caliente” que le quema las manos, y por eso se la arroja al primero que se deje.

Roberta de 13 años quiere ir a una excursión al lago de Valsequillo.¹ “¿Quiénes van?” “Todos papá; todos”. “No, me refiero a los adultos. Mejor pregúntale a tu madre”. Roberta corre a la sala y le pregunta a la madre que está concentrada revisando unos papeles. “Que si puedo ir a Valsequillo”. “No estoy segura, ¿qué no fue ahí donde se ahogó ese chamaco el año pasado? Que tu papá decida”. Roberta regresa con el padre: “Mamá dice que sí, que no hay problema”. Sin levantar la vista del televisor le contesta: “Bueno, si tu madre dice que sí, está bien”.

El conflicto en la pareja inicia cuando se dan cuenta del engaño. Roberta no es tonta y aprovecha el vaivén de indecisiones. ¿Debemos culparla por ello? Ser padres implica responsabilidad, correr el riesgo de equivocarse.

¹ Ubicado en el estado de Puebla, México.

Pérdida de la confianza en sí mismo

Hace algunos años recibí esta carta en uno de mis cursos.

Señora Barocio:

Me permito solicitar su opinión con respecto a lo siguiente: mi hijo único, de cuatro años, me pidió un huevo para cuidarlo. Ambos lo pusimos en un recipiente al que acondicionamos como nido. Más tarde, mi esposo lo vio en su habitación, sin calzones, empollando dicho huevo. Yo no sé qué actitud tomar y por consecuencia qué decirle. Mi marido me lo comentó riendo y yo me quedé perpleja. Investigué en los programas de televisión que acostumbra ver y le pregunté si estaba trabajando en un proyecto de animales. Cuando le pregunté a su maestra, ella me dijo, tajante: “¡Aquí no!”, y me citó en el colegio. La abuela, quien está de visita, me sugirió hablar con el niño y decirle que él es un niño, que no es un animal de los que ponen huevos y empollan, y que, por tanto, no podía conservar el huevo. Agradeceré infinitamente su ayuda.

Mil gracias.

Firma: madre preocupada

Tanta información provoca inseguridad. Inquietudes normales y sencillas de niños se convierten en acertijos indescifrables. Apelar solo al intelecto y hacer caso omiso del sentido común, lleva a perder la confianza como padres. Se distorsiona la perspectiva de la situación con el afán de querer ser padres perfectos.

A las dudas, si les concedes un lugar preponderante en la vida, terminan por erosionar la autoconfianza, te refuerzan la convicción de ineptitud y paralizan tu voluntad.

Parálisis de la voluntad

Quien tiene deseos de convertirse en un buen educador, y recibe mucha información, que mezcla con una gran dosis de miedo a equivocarse, puede tener como resultado: parálisis. Parálisis de la voluntad. Por supuesto que ser padre da miedo.

¡MI HIJO TIENE UN CHIP DIGITAL!

Padres sin ADN digital

“En mi época no había internet, ni nada de esas cosas tecnológicas”, dice el abuelo. “¿Qué hacías?”, pregunta intrigado el nieto. “De todo”.

Siempre hemos vivido en un mundo cambiante, pero nunca los cambios han sucedido tan rápidamente. Esto se debe, en gran parte, a la tecnología que llegó para quedarse. Si bien las nuevas generaciones vienen con un chip y ADN digital, las anteriores en ese sentido, están en desventaja. Así que el padre de familia tiene tres opciones:

- Ignorar la tecnología y quedarse rezagado.
- Volverse dependiente de la tecnología y no poder estar sin ella.
- Interesarse y usarla de manera responsable.

Los padres que optan por la primera opción se mantendrán al margen y formarán parte de una generación anclada en el pasado:

Me regalaron de cumpleaños una tableta y un celular nuevo, que para que me ponga al día, pero no les entiendo y no me interesan. A mí que me dejen con papel y pluma y ¡estoy más que encantada!

Quien elige quedarse al margen se perderá de compartir los intereses de las nuevas generaciones. Si uno se declara incompetente y critica el avance tecnológico, suprimirá una conexión valiosa, pues una manera efectiva de apartarse de un hijo es desaprobandolo la tecnología.

Si se quiere ser un guía para la vida, habrá que interesarse, aprender y mantenerse al tanto de los avances tecnológicos. Así se protegerá la inocencia del niño pequeño y, en el caso del adolescente, su osadía. Mantenerse al margen resulta irresponsable.

En una escuela reconocida en la ciudad de Puebla,¹ una alumna de primero de secundaria, nada agraciada y que nunca había tenido novio, conoció a un hombre por internet y comenzó a presumirlo como su novio. Unos meses después, pidió permiso para ir al café cercano, pero no regresó esa tarde. Los padres, sumamente angustiados, acudieron al colegio, y por sus compañeras se enteraron del supuesto romance. El padre recordó que tenía registrado el número telefónico del presunto novio, y le llamó para pedir que le devolviera a su hija. Varios días después, el tipo indicó que podía recogerla en la entrada de un almacén. Al acudir los padres se enteraron que había sido violada.

Existen muchas historias de terror y no pretendo asustarte, sino enfatizar que la opción de ignorar la tecnología no es válida y es irresponsable. Si quieres prevenir a tu hijo de los posibles peligros tendrás que estar pendiente, saber ponerle límites sanos y mantener una comunicación abierta.

¹ Capital del estado de Puebla, México.

Las generaciones actuales que han crecido en un ambiente tecnológico parecen tener una habilidad innata para manejar la tecnología, pero eso no significa que conozcan o estén protegidos contra los riesgos que conlleva. Desgraciadamente los padres tienden a confundir habilidad e inteligencia, con madurez y juicio. El hijo tiene lo primero pero carece de lo segundo. Y si sus padres no le marcan límites para resguardarlo, el peligro que corre es considerablemente alto.

Nuevamente ¡equilibrio!

Tengo un problema: en la escuela le dijeron a Pedrito que mamá es aquella con quien pasa todo el tiempo, quien lo educa y entretiene... y desde entonces, ¡no deja de besar el televisor!

La tecnología tiene un atractivo tan especial que te puede ocupar horas sin darte cuenta. Se invierten millones para diseñar juegos y programas de televisión e internet con este propósito. Han descubierto que el movimiento vertiginoso de imágenes, el zoom, la alta intensidad luminosa y los efectos de sonido, producen un efecto hipnótico que atrae y mantiene la atención. El simple reflejo luminoso e intermitente es suficiente para cautivar los ojos y el cerebro. Y si a ello se le agregan imágenes atractivas e intensidad de colores, resulta difícil librarse de la fascinación ejercida por la pantalla. Al mirar la televisión, el cerebro emite ondas alfa que producen una sensación de placer y relajamiento. Con esta información en mente ¿te sorprende que el niño no quiera apagarla? Por eso él piensa que ha estado un rato mirando televisión, cuando en realidad han pasado varias horas. ¡Ya perdió la noción del tiempo!

¡Enrique! ¡Enrique! ¿Qué no escuchas? ¿Estás sordo o qué? ¡Te dije que apagaras el televisor terminando el programa! ¡Cuántas veces te tengo que decir que obedezcas!

En este caso toca a la madre “desenchufarlo”, porque tanto los videojuegos como los programas, están ideados para mantenerlo atrapado, y a muchos niños y adolescentes les cuesta trabajo detenerse por sí solos. Pasan de un aparato a otro sin saciarse jamás: del celular a la televisión, y de ahí al videojuego para regresar al celular. Se acostumbran a nunca desconectarse en casa, y si la escuela no pone un límite, estarán conectados todo el día. Es así como la tecnología se convierte en una adicción: necesita estar conectado a un aparato ¡para sentirse bien!

La palabra adicción asusta y por eso lo anterior puede parecer exagerado. Pero como siempre pienso que primero hay que comenzar por uno mismo, te invito, a través de las siguientes preguntas, a revisar de una manera más objetiva tu relación con la tecnología.

Preguntas para reflexionar

- ¿Te sientes nervioso si suena el celular y no lo puedes contestar? ¿Te pones ansioso cuando no revisas cada mensaje que llega? ¿Piensas que te pierdes algo muy importante si no atiendes el celular aunque no tengas ninguna urgencia de momento? ¿Revisas el celular constantemente aunque no suene?
- ¿Al hablar con tu hijo lo dejas con la palabra en la boca para contestar el celular? ¿Se queja de que no sueltas el celular? ¿La pareja te recrimina de que no le haces caso por estar llamando?
- ¿Interrumpes las comidas para contestar el celular? ¿Se lo permites al hijo?
- ¿Te molesta que pidan que apagues el celular en lugares públicos? Aunque no tengas ninguna urgencia.
- ¿Te cuesta trabajo apagarlo y lo dejas en vibrar “por si acaso”?